

Armando PEGO PUIGBÓ, *La escritura encendida. Cuatro españoles en la Iglesia del siglo XX*, Barcelona, Edimurtra, 2005, 218 pp.

El estudio de la literatura espiritual como espacio privilegiado de diálogo entre religión y cultura, entre fe y cultura, y –dentro del ámbito católico– entre los diversos

carismas, es la propuesta que subyace en el libro de Armando Pego. El autor, doctor en filología hispánica y especialista en literatura espiritual del siglo de Oro español, lleva a cabo una incursión en la edad contemporánea, para aproximarse a cuatro autores espirituales españoles del siglo XX: san José María Rubio, san Pedro Poveda, san Josemaría Escrivá de Balaguer y el padre Arrupe. A ellos dedica cuatro de los seis capítulos que componen el libro: *La predicación no oratoria en la vida de san José María Rubio: las Horas Santas*; *La relectura creativa de los clásicos en san Pedro Poveda*; *El ignacianismo de san Josemaría Escrivá* y *Lenguaje y mística en la obra del padre Pedro Arrupe*. Los cuatro capítulos, que forman el núcleo del libro, están enmarcados por dos breves ensayos en los que el autor diserta sobre: *Presente y porvenir de la literatura espiritual entre los siglos XX y XXI* y *Las rutas simbólicas de una escritura encendida*. Para concluir la descripción de la obra, habría que dar cuenta de la *Introducción* a cargo del profesor Jaume Aymar, de un *Apéndice* que recoge la Hora Santa predicada por San José María Rubio el 25 de marzo de 1922, y de una selecta *Bibliografía*, que incluye tanto obras dedicadas a cada uno de los autores estudiados, como al contexto religioso español del momento y algunas obras de teoría literaria.

Armando Pego se aproxima a los escritos espirituales de las cuatro figuras mencionadas con el convencimiento de que el estudio de la literatura espiritual evidencia, ante todo, la “continuidad característica de la espiritualidad católica” y, en consecuencia, que tanto las figuras espirituales, como los diversos carismas en la Iglesia, sólo encuentran su comprensión más acabada al situarlas en una única y gran corriente histórica. Única y gran corriente de la espiritualidad donde las continuidades y discontinuidades se hacen especialmente expresivas y enriquecedoras tanto para el conjunto, como para cada una de las figuras y carismas.

Desde esta perspectiva, Armando Pego se muestra particularmente interesado en evidenciar la inserción de los autores estudiados en esa gran corriente, como se pone de manifiesto en el epígrafe dedicado al fundador del Opus Dei, al que sitúa entre los “prototipos de una nueva época de la historia de la Iglesia, inaugurada por el Concilio Vaticano II” (p. 129). El epígrafe dedicado a san Josemaría lleva por título *El ignacianismo de san Josemaría Escrivá*, y en él vamos a centrar nuestra atención.

¿Qué entiende Armando Pego con la expresión “ignacianismo de san Josemaría Escrivá”? Para el autor de la *Escritura encendida* significa “percibir la relectura personal (en este caso de san Josemaría) de un hombre y su carisma (en este caso de san Ignacio y su carisma proyectados en quinientos años de historia) llevada a cabo en unas circunstancias personales y eclesíásticas diversas, pero experimentadas en íntima unión en el fluir de la economía de la salvación” (p. 132). De esta manera, y trascendiendo de algún modo las dos personalidades propuestas, Pego apunta el interés de estudiar de qué modo el universo ideológico y cultural en que tuvo lugar el Concilio de Trento podría proporcionar elementos para comprender actitudes y claves del Vaticano II (p. 130).

El autor reconoce que la tarea no es sencilla y que en ella deben evitarse “los paralelismos fáciles” y los “parecidos superficiales”. Advierte a la vez que, de acuerdo con

su metodología, “intentar trazar las líneas maestras de unas obras, un pensamiento, una tradición no equivale a la pretensión de reconstruir su génesis en sentido causal. Consiste, más bien, en perfilar una genealogía, que incluya parecidos, semejanzas o concomitancias, pero también sus discontinuidades y hasta sus transformaciones paradigmáticas” (p. 153). Más en concreto, con la expresión “ignacianismo de san Josemaría” Pego se refiere, por un lado, a la particular interpretación de la doctrina de san Ignacio de Loyola llevada a cabo por el fundador del Opus Dei, y por otro, a la valoración de la figura de san Ignacio que san Josemaría llevó a cabo a la luz de su propio mensaje espiritual. Cabe, pues, pensar en paralelismos, aunque sin pretender –Pego insiste en ello–, establecer una relación de dependencia genética entre esos mensajes espirituales.

San Josemaría conoció y apreció la obra de san Ignacio de Loyola, así como la de otras grandes personalidades de la historia de la espiritualidad cristiana: santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Francisco de Sales, o santa Teresa de Lisieux entre otros, por no mencionar a los Padres de la Iglesia. Todos ellos, como pone de manifiesto la edición crítico-histórica de *Camino* del profesor Pedro Rodríguez –bien conocida por Pego–, estuvieron presentes de algún modo en la biografía espiritual de san Josemaría. Y de este modo cabría hablar no sólo de un “ignacianismo”, sino también de un “teresianismo”, de un “sanjuanismo”, de un “salesianismo”, etc. en san Josemaría.

Afirmar lo contrario plantearía problemas metodológicos y de terminología que me parece necesario tener presentes a fin de evitar caer en el error de convertir los paralelismos y las similitudes en una relación de dependencia genética, que ofrecería una imagen históricamente falsa de la figura y de la doctrina del autor estudiado. Desde esta perspectiva se percibe claramente el riesgo que podría encerrar el recurso a estos “ismos” o al concepto de relectura, ya que la carga semántica que implican conduce precisamente a pensar en lo genético, lo que contradiría el mismo planteamiento de Armando Pego.

A este respecto me parece elocuente el proceso seguido por san Josemaría para introducirse en el *Camino de infancia espiritual*, tal como se relata en el último epígrafe del capítulo VI de su principal biografía, es decir, la de Andrés Vázquez de Prada: cfr. *El fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer. ¡Señor, que vea!*, Madrid, Rialp, 2002, 7ª, pp. 404-422. Al leer ese epígrafe, se advierte con claridad que la arrebatada inmersión en la vía de infancia espiritual, que experimentó san Josemaría en los primeros años 30, fue anterior a su recepción de los escritos de Teresa de Lisieux. En este sentido, la relación con la santa de Lisieux no implicaría relectura, sino más bien correspondencia diacrónica.

Pero volvamos al texto del profesor Pego, que propone una triple aproximación, o un triple análisis: descubrir los paralelismos históricos entre las dos figuras, evidenciar las concomitancias en sus carismas y rastrear las huellas de la figura y el carisma de san Ignacio en los escritos de san Josemaría. Este triple estudio se lleva a cabo utilizando las fuentes publicadas hasta el momento, que Armando Pego muestra conocer

bien. El hecho de centrar el estudio sobre estas fuentes, de gran valor pero limitadas, ya que buena parte de la obra de san Josemaría está todavía inédita, señala a nuestro entender las posibilidades y los límites de las conclusiones a las que se llega en el libro, y que pasamos a comentar. Conviene advertir que Armando Pego es consciente de este límite cuando afirma que todavía queda mucho camino que recorrer en el conocimiento de toda la obra de Josemaría Escrivá de Balaguer (p. 134).

Empezando por las reflexiones sobre el último de los aspectos indicados, la huella de san Ignacio en los escritos de san Josemaría, Pego señala que en *Camino* sólo hay ocho puntos en los que se puede advertir ese rastro, pero afirma que esa escasez no hace del todo justicia a la real presencia de las riquezas carismáticas ignacianas en san Josemaría. “Si bien la presencia de Ignacio en *Camino* no es en modo alguno abundante, esto no quiere decir que sea meramente coyuntural” (p. 151). Para fundamentar esta hipótesis acude al estudio de los paralelismos históricos y carismáticos entre san Ignacio y san Josemaría.

Entre los paralelismos históricos destaca las que denomina “iluminaciones fundacionales”. “Iluminaciones-ilustraciones no imaginarias” sería el término preciso, según Pego, que tuvieron tanto san Ignacio como san Josemaría. De este modo, la experiencia de san Ignacio en Manresa, en la que opiniones muy autorizadas en la Compañía descubren sus propios orígenes, es puesta en paralelo con la experiencia del dos de octubre de 1928, que para san Josemaría fue punto inequívoco de referencia para la fundación del Opus Dei. Pego evidencia además que ambos fenómenos estuvieron, de algún modo, ligados a un contexto de retiro espiritual.

Igualmente, señala el profesor Pego que ambos fueron hombres a través de los cuales otras personas encontraron su vocación, hombres que sufrieron la incompreensión y las sospechas por la novedad de sus respectivos mensajes, pero que siempre mantuvieron una fidelidad intangible a la jerarquía. Cabría pensar que en conjunto los paralelismos históricos, si bien pueden resultar sugerentes, requerirían, para poder llegar a convertirse en sólidas conclusiones, un estudio más detenido del que ha podido realizar el autor en estas páginas.

Al exponer los posibles paralelismos carismáticos, Armando Pego propone ante todo una interpretación del carisma ignaciano. Concretamente, subraya la existencia de una dimensión secular en la espiritualidad ignaciana, que es precisamente lo que habría sido especialmente apreciado por san Josemaría. Sin pretender discutir sobre la historia de san Ignacio y las potencialidades de su carisma, cabría preguntarse, aunque suponga entrar en consideraciones estrictamente históricas, hasta qué punto en la España de los años veinte el carisma ignaciano era visto como plantea el autor.

A mi juicio, en los años veinte y treinta, en España, la dimensión secular de la espiritualidad ignaciana de que habla Armando Pego no constituía una evidencia sino, en todo caso, algo entrevisto, y sólo entre algunos espíritus avanzados, una posibilidad o potencialidad. Las siguientes palabras de Ramiro de Maeztu aparecidas en su artículo *Loyola y Peñafloreda*, publicado por *El Sol*, el 9 de marzo de 1926, pueden ayudar a ilustrar esta afirmación: “¿No ha de constituir el destino de la centuria nuestra buscar

la manera de fundir a Loyola con Peñafloreda, al ultramundo con la tierra, a la religión con la economía, hasta que pensemos en la mejora del mundo como en la obra de Dios, y en la obra de Dios como en la mejora del mundo?” (Maeztu Ramiro de, *Loyola y Peñafloreda* en “El Sol”, 9 de marzo 1926).

Resulta fuera de discusión que la admiración de san Josemaría por san Ignacio de Loyola fue grande (p. 141). No parece sin embargo, que el origen de esta admiración haya que buscarlo en la “laicidad” de san Ignacio. Los textos de san Josemaría parecen apuntar más bien al carácter heroico y total de su entrega, a su plena disponibilidad ante Dios, a expresiones de un Amor a Dios extraordinario y audaz, y a la larga historia de eficaz servicio a la Iglesia de la Compañía de Jesús.

Llegados a este punto podemos traer a colación la hipótesis de Pego según la cual “el mayor grado de asimilación del espíritu de san Ignacio” se produjo durante los diez primeros años de la fundación del Opus Dei (p. 145). Ciertamente, como señala Armando Pego, los textos más significativos de san Josemaría en este aspecto, agudamente analizados a partir de la edición crítico-histórica de *Camino*, corresponden a los años 30. A este respecto hay que tener en cuenta que no se conservan textos de san Josemaría anteriores a estos años. Sin embargo, sus biografías y el estudio del contexto de su formación sacerdotal permiten adelantar a los años veinte el momento de un contacto intenso con el carisma ignaciano. En efecto durante sus años de seminario participó activamente en el Apostolado de la Oración; también en la época del seminario se inscribe su relación con la obra de Alonso Rodríguez, *Ejercicio de Perfección*; una vez ordenado sacerdote y antes de la fundación del Opus Dei, hay que situar sus años de trabajo pastoral en la iglesia de San Pedro Nolasco, regentada por los padres de la Compañía, en Zaragoza.

De este modo, parece que sería más adecuado situar en los años 20 el momento principal del contacto de san Josemaría con el carisma ignaciano en cuanto tal, mientras que durante la década de los treinta, es decir, tras la toma de conciencia por parte de san Josemaría de que estaba llamado a abrir un nuevo camino de santidad en la Iglesia –de carácter secular y laical–, se manifiesta la admiración a san Ignacio como fundador y como padre de una gran familia espiritual. Y en este nuevo contexto, la naturaleza audaz, heroica y total de su entrega, adquiere nuevas resonancias, inseparables de la admiración hacia la institución por él fundada y a sus siglos de eficaz servicio a la Iglesia, especialmente en los momentos de incomprensión que tuvo que afrontar san Josemaría durante el desarrollo del Opus Dei.

Comparto plenamente con Armando Pego la afirmación según la cual en la historia de la espiritualidad católica es mucho mayor lo común, que lo específico o singular. En este sentido, me parece que la obra de Armando Pego es un meritorio intento de abordar la singularidad de la figura de san Josemaría y su carisma, situándonos, en la gran corriente de la tradición espiritual católica: y, en concreto, de evidenciar algunos elementos de su sintonía con san Ignacio y con la proyección secular de su figura. Al mismo tiempo, y acogiendo la invitación de Armando Pego a un diálogo histórico y cultural enriquecedor, me ha parecido necesario apuntar algunos

contrastes que no hacen sino evidenciar el atractivo suscitado por este ensayo ciertamente sugerente.

Federico M. Requena